

VOY A HABLAR DE COSAS QUE ME HAN PASADO*

MIGUEL ARTECHE**

VOY A HABLAR COMO POETA que ha tratado de reflexionar sobre su arte, el arte de la poesía, tan venido a menos en estos tiempos y por estos pagos, donde se escriben líneas más largas, líneas más cortas, a las cuales llaman versos, y en los cuales introducen cualquier significante que venga del campo coloquial. En otro lugar he dicho que la poesía es un arte tan complejo como la música, y así lo entendía Pound, experiencia que cualquier poeta digno de tal nombre sabe que es así. No saber estas cosas pertenece al territorio de la ciénaga, en el que algunos llamados poetas retozan. Voy, entonces, a hablar de cosas que me han pasado.

En primer lugar, recuerdo cómo despertó en mí la vocación poética. Hace cuarenta y nueve años veraneaba con mi madre en Quintero; yo había llevado una antología de poetas españoles contemporáneos, seleccionada por Scarpa. Recuerdo con qué sorpresa la leí tendido en la arena de la playa. Yo me sentía, a esa edad, solo; no era persona de esas que llaman “sociables”, y la poesía de esos poetas fue como un puente de asombro para lo que yo quería hacer: escribir poemas. Creo que el despertar de una vocación siempre trae consigo el asombro. Asombro de sentir todo lo que nos rodea; asombro de encontrar algo que me colmara; asombro de no estar ya en el país de la infancia; asombro de ver aquellas cosas por las cuales luchaban tantas personas, cosas transitorias, pequeñas, que no duraban, que se desvanecían. Eso que se llama poder en todas sus manifestaciones, por el cual lo daban todo, incluso su dignidad. Asombro es la palabra que para mí define muy bien lo que me parece es la poesía, porque es el asombro lo que nos hace ver

*Tomado de *Poesía y prosa*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2001, p. 239.

**Poeta, Premio Nacional de Literatura.

las cosas y las personas como si las viéramos por primera vez, como si recién hubieran nacido. Es como cuando nos enamoramos: todo nos aparece como si por primera vez descubriéramos algo que nunca habíamos descubierto. Y esto es la poesía.

¿Cómo trabaja un poeta? Mi experiencia me dice que lo primero que tiene que hacer un poeta es rodearse de un círculo. Alguien podría llamarlo “mandala”. Un poeta pasa, lo quiera o no, de este mundo a otro, cuando comienza a escribir, no porque sea mistagogo sino porque el círculo le permite librarse de lo transitorio de este mundo, y le permite pasar a lo permanente, lo cual no quiere decir que se olvide, ni mucho menos, de los que sufren. Algunos creen que, antes de rodearse de este círculo, los poetas necesitan respirar ciertos vapores que lo inducirán a escribir. La palabra inspiración puede aplicarse a cualquier medio que lleve al arrobamiento poético; y algunos poetas toman tan en serio esto de “cualquier medio”, que se emborrachan, cosa fácil en Chile, o beben café hasta quedar con los ojos del tamaño de dos platos; o recurren a la escritura automática que es la escritura de muchos charlatanes. Para mí lo que vale es el círculo. Es lo que un físico llama “mundo paralelo” o “mundos paralelos”, con la diferencia de que el nuevo mundo en el cual penetra el poeta está unido con el mundo del que partió, al revés de lo que plantea el físico. No creo en medios artificiales para eso que se llama “inspirarse”; pero la palabra “inspiración”, que está desprestigiada por los impostores, vale si la contrastamos con otra, la palabra “expiración”, en la que se deslizan los camanduleros de turno. En un poema de *Fénix de madrugada* hablo de ese círculo, pero cuando lo escribí no sabía de qué se trataba.

Otra sensación es lo que se ha llamado “sensación oceánica”, o algo así. Cuando uno escribe siente que está unido a todo el mundo: está sumergido en una red innumerable en la que uno es un punto muy importante; y el problema para el poeta es cómo unir aquello que necesita para expresar lo que desea expresar. A veces se unen lugares muy distantes, muy alejados entre sí, o muy cercanos pero muy alejados, valga la paradoja, siempre que den ese precipitado que será, por ejemplo, la metáfora, y ésta tendrá que ser necesaria y no decorativa. Es mi experiencia. La metáfora encontrada en esta inmensa red deberá ser lo que yo llamo “metáfora dramática”, esto es, ligada a la condición trágica y pasajera de la persona humana. He hablado de una red, y esto es el poema: una red unida a todo el universo y a todos los poemas que el poeta ha escrito, y a los poemas que se han escrito antes. La microrrealidad está unida a la macrorrealidad; el macrocosmos está hecho del microcosmos, y al revés; no son parte de un todo, es un todo de relaciones que interactúan. El poeta y su poema no están aislados; no son parte de un todo; el poeta y su poema son el todo y la parte al mismo tiempo. Y esto es lo que siente cuando escribe y lo que permite al poeta hacerse muchas preguntas, detrás de las cuales está el Único de infinitos nombres. Para el

Unico escribe el poeta aunque no lo sepa, y aunque Heráclito pueda decirnos que todo fluye, y un físico actual nos asegure que todo está en incesante movimiento. Lo sabemos: la Tierra rota y se traslada alrededor del Sol; el Sol se mueve en torno a la galaxia, es decir, la Vía Láctea; ésta gira en torno a otro inmenso grupo de galaxias y aunque el físico nos diga que todo es movimiento, *el movimiento es el Unico*. Hay algo que nos asegura la quietud definitiva. ¿Y si la quietud del Unico es el eterno movimiento, y el movimiento una permanente quietud? Estas preguntas me las hago yo ahora, y recuerdo aquellas palabras con las cuales Dante termina la *Comedia*. Ustedes las conocen: “El amor que mueve el Sol y todas las otras estrellas”. El amor mueve todo el Universo. ¿Moverá también al Unico? ¿Acaso el Unico no es el Supremo Amor?

Mientras viajaba en un bus al centro de Santiago, subió una madre joven, iba acompañada de su hijo, un chico de unos cinco años. La madre, una vez que se hubieron sentado, le explicaba que el sol, las montañas, la luna, el cielo, los árboles, los ríos, las personas, las había hecho Dios. El chico preguntó, entonces: ¿Y quién hizo a Dios? Pregunta digna de un teólogo, que tiene la respuesta, o de un físico o astrofísico, que no la sabe o la intuye, o la descarta. Los niños preguntan cosas que jamás preguntan los grandes hombres públicos de este mundo, esos que tienen el mundo al revés.

Otra pregunta que surge para mí ahora es: ¿por qué he dedicado toda mi vida a escribir poemas? ¿Por qué el mundo en que escribo es como es, y no otro? ¿Por qué las cosas y las personas están sometidas a la segunda ley de la termodinámica?

Un poema está también sometido a esta ley, pero, al revés de cosas y personas, dura más que ellas. Hace más de dos mil seiscientos años murió Safo, pero sus versos pueden ser leídos hoy sin que se haya desordenado ni siquiera una sílaba. Pero, ¿se pierde para siempre lo que el poeta crea? ¿No decía Keats que una cosa bella es alegría para siempre? Y este “siempre”, ¿no está fuera del tiempo?

Otra pregunta que me hago es qué sea la realidad, o lo que llamamos “realidad”. ¿Es la que vemos, tocamos, olemos, tactamos, oímos? Pero, ¿qué veríamos si, en lugar de ser impresionados nuestros ojos por la luz, fueran impresionados, por ejemplo, por los rayos cósmicos, o por los rayos gamma, o por los rayos X, o por las ondas del radar, o por las ondas de radio? Toda la “realidad” cambiaría. ¿Qué verían nuestros ojos si vieran las ondas de televisión? ¿Cuántas realidades hay detrás del espectro electromagnético? Los poetas, si dispusieran de ojos que vieran las ondas electromagnéticas, escribirían que el “vidrio y el cristal son cuerpos opacos; los metales serían más o menos transparentes; un hilo telegráfico en el aire se nos aparecería como un tubo largo y fino que atraviesa una sustancia compacta; un dínamo en funcionamiento sería semejante a un hogar encendido; y un imán, realizando el viejo sueño de la mística medieval, se convertiría en una lámpara per-

petua que no se extinguiría nunca; no tendría necesidad de combustible”. Esto no lo dice Arteche sino William Crookes, uno de los grandes físicos del siglo XIX y de comienzos de éste. En algunos poemas de los poetas, ¿no aparecen atisbos de estas realidades? ¿Cómo escribirán los poetas en otros lugares del Universo? Algunos insensatos creen que la Tierra es el único planeta poblado por seres inteligentes. En 1969, dicho sea de paso, se descubrió agua en la Vía Láctea y acaba de descubrirse agua en la Galaxia Markman I. Saquen las conclusiones del caso.

Vamos a otra experiencia que constituye parte importante de mis poemas. Cierta crítico dijo que yo sentía, en mis poemas, el tiempo como si se tratara de algo físico. Desde luego, no se trata de una experiencia intelectual o académica. En otro tiempo escribí “El café”, “El agua” o “La bicicleta”. Aquí, como en todo poema, el tiempo no existe o, dicho de otra manera, el tiempo “está”, no fluye como quería Manrique; el tiempo no es un río, y el mar no es el morir. Nosotros “pasamos” a través del tiempo que “está”, y sabemos que el pasado, el presente y el futuro son ilusiones (Einstein *dixit*); los relojes son una convención; el espacio es curvo; el tiempo y el espacio son la misma cosa, etc. Y todo esto es lo que el poeta experimenta sin saberlo cuando escribe un poema. ¿Cómo se puede medir el presente, con qué instrumentos se puede medir el presente, y si el tiempo se nos va apenas nombramos el presente, entonces el tiempo es una fábula. ¿Dónde está el tiempo de un poema? El tiempo no es único. Cada uno de ustedes tiene un tiempo distinto al del otro. Hay muchos tiempos distintos, y cada uno de ustedes pasa a través del tiempo personal. Los relojes que ustedes llevan marcan un tiempo completamente convencional. Esto lo sabía muy bien san Agustín que, aunque no disponía de relojes de cuarzo, se adelantó a los físicos de nuestro tiempo. Cuando escribo un poema paso a través del tiempo de mi poema, que nada tiene que ver con otros tiempos. Descubro lo que deseo o quiero descubrir, aunque a veces no descubro nada. O lo hago como en la medicina o en la física súbitamente, esto es, como decía un poeta italiano, “me ilumino de inmensidad”. Sólo que lo hago, al revés del médico o el físico, por medio de la palabra. No tengo otro remedio. Esta es la ventaja que tienen los investigadores sobre los poetas. El instante de asombro. Es la intuición de la unidad de todas las cosas.

Cuando entro en el círculo para protegerme de los malos espíritus que atentan contra la poesía, y luego de que he encontrado el primer verso, según quiere Valery, para mí se acaba el tiempo. El tiempo no existe para mí. El tiempo será el tiempo del poema. Es lo que uno siente en los sueños. La diferencia entre el poema y los sueños es que en el primero el poeta ejerce, o debe ejercer, la función crítica; pero ésta siempre vendrá después de haber visitado unas islas encantadas. Los antiguos poetas irlandeses hablan de islas encantadas donde trescientos años pasan como un día, “y donde no hay, en consecuencia, tiempo o el tiempo está suspendido”. Cuando el poeta vuelve

de su viaje, es decir, vuelve de su poema, lo acechan, desde luego, las miserias de este mundo. Pero su poema le recuerda que por un tiempo breve estuvo en esas islas, protegido por la Musa o cualquier nombre que se le quiera dar.

Hacia 1960, cuando adquirí más conciencia de mi oficio, sentí, con mayor fuerza que antes, que el destino del poeta es estar entre dos mundos, y que él lo siente, o lo debe sentir, como ninguna otra persona. Y si debe ser leal al primero no puede olvidar que se prolonga en el segundo. Esto es lo que intenté decir en *Otro continente* (1957), aunque sólo en *Destierros y tinieblas* (1963) logré expresar lo que deseaba. Es decir, que la poesía no es más que un signo del Unico. Tal vez, el más limpio, porque no aspira al poder ni a la dominación por el dinero, y no miente. Lo que el mundo puede dar al poeta es otra cosa, pero esto no tiene nada que ver con la poesía, aunque algunos impostores lo crean así. La introducción del “marketing” en la poesía o, dicho en cristiano, el mercadeo, la ha contaminado pero no la ha pervertido. Muchas personas toman el rábano por las hojas, y creen que el poeta lo es porque es conocido o es famoso; o que se trata de un gran poeta porque se ha casado ené veces, fuma marihuana, o sale a caminar por el paseo Ahumada llevando unos calzoncillos en la cabeza y en “puris naturalibus”. Pero los jóvenes, tarde o temprano, terminan por descubrir la superchería. Al Unico no se le puede engañar, ni a la Musa, sea que actúe a través de la Virgen o a través de una mujer de carne y hueso.

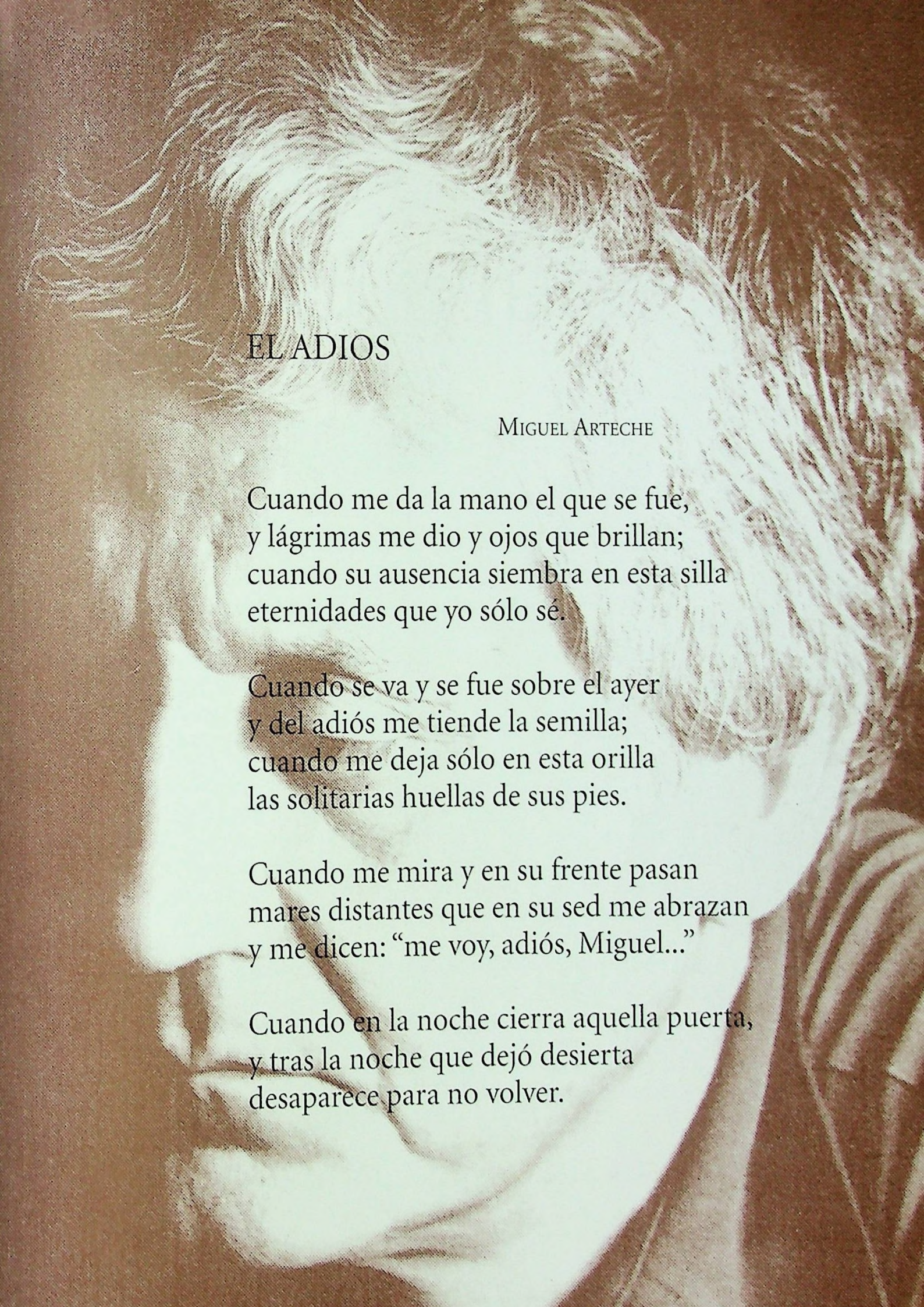
Desde hace seis o siete años comencé a obsesionarme con la figura mítica del Fénix, una de esas aves que vuelan por las comarcas de la imaginación. El Fénix penetró en el círculo donde suelo refugiarme para escribir, y me “obligó” a colocar un cartel sobre la entrada de mi escritorio que dice, pretenciosamente, “Casa del Fénix”. Lo cual, desde luego, prefiguró el título de mi último libro. Ustedes saben que el Fénix fue, para los primeros cristianos, el símbolo de Cristo resucitado. No termina Cristo en la crucifixión, lo cual es algo que solemos olvidar. San Pablo escribió a los corintios que si Cristo no resucitó vana es nuestra fe. Los cristianos de hoy estamos preocupados de muchas cosas que llamamos importantes, pero no del Cristo resucitado. No sé cuántos cristianos creen que ellos resucitarán; o lo toman como un símbolo, o como un signo de la cultura en que nacieron; o les importa sólo lo que ellos ven o tocan creyendo que ésa es la única “realidad”. En mi caso se trata de un Fénix de madrugada, esto es, de un Fénix que nace cuando también nace la Luz, otro de los nombres del Unico.

El poeta, después de todo, escribe por amor, y en el acto de escribir el poema sabe que si no escribe de esa manera, traiciona su destino. “La poesía arraiga en el amor, el amor en el deseo, y el deseo en la esperanza de una existencia continua”, escribió el poeta inglés Robert Graves.

A esta existencia llama el poeta.







EL ADIOS

MIGUEL ARTECHE

Cuando me da la mano el que se fue,
y lágrimas me dio y ojos que brillan;
cuando su ausencia siembra en esta silla
eternidades que yo sólo sé.

Cuando se va y se fue sobre el ayer
y del adiós me tiende la semilla;
cuando me deja sólo en esta orilla
las solitarias huellas de sus pies.

Cuando me mira y en su frente pasan
mares distantes que en su sed me abrazan
y me dicen: "me voy, adiós, Miguel..."

Cuando en la noche cierra aquella puerta,
y tras la noche que dejó desierta
desaparece para no volver.